

NÚMERO 157 — TOMO X

25 DE OCTUBRE DE 1927

# Reproducción

---

*Director:* ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

ADMINISTRACION: BOTICA DE LA DOLOROSA

*Apartado 230*

---

SAN JOSE DE COSTA RICA

34552 IMPRENTA TREJOS HNOS.

Apartado 1313

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



# Trejos Hnos.

Participaciones  
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

facturas

Cheques & Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc. etc.



Cumplimiento

en la entrega

de trabajos

# REPRODUCCION

No. 157

San José, C. R., 25 de Octubre 1927

Tomo X

DIRECTOR: ELIAS JIMENEZ ROJAS (Apartado 230)

## JOHN M. KEITH

*Nació en los Estados Unidos, pasó en Costa Rica la mayor parte de su vida y murió en la ciudad de San José el día 13 de octubre, a la edad de 63 años.*

*Vigoroso de mente y de cuerpo, como lo deseara Juvenal, se hizo admirar por sus múltiples talentos y se hizo querer por su extraordinaria liberalidad y su particularísimo don de gentes.*

*Empresas industriales y comerciales, institutos de beneficencia, escuelas, nada se quedó en el país sin recibir directa o indirectamente los beneficios preciosos del ilustre banquero, filósofo y filántropo, que acabamos de perder.*

ELIAS JIMENEZ ROJAS

## Conferencia de un filósofo con la mariscal de \*\*\*

(1776)

Tenía yo que tratar de no sé qué asunto con el mariscal de . . . .; fuí a su hotel una mañana; estaba ausente, y me hice anunciar a la mariscal. Esta es una mujer encantadora, bella y devota como un ángel; la bondad está pintada en su rostro; el metal de su voz y la ingenuidad de su discurso corren parejas con su fisonomía. Estaba en su gabinete; me mandó sentarme, y conversámos. Previos algunos cumplimientos míos que la edificaron y la sorprendieron (pues ella opinaba que el que niega la Santísima Trinidad es un hombre de saco y de cuerda que acabará en la horca), me dijo:

—¿No sois el señor Crudeli?

—Sí, señora.

—¿El que no cree en nada?

—El mismo.

—Sin embargo, vuestra moral es de creyente.

—¿Por qué no? Cuando el hombre es honrado...

—¿Y practicáis esa moral?

—Con toda mi voluntad.

—¡Cómo!... ¿no robáis, ni saqueáis, ni matáis?

—Muy rara vez.

—Pues entonces, ¿qué ganáis con no creer?

—Absolutamente nada, señora mariscal. ¿Acaso los que creen lo hacen para ganar alguna cosa?

—No lo sé; pero la razón de interés no puede perjudicar a nadie, ni en los negocios de este mundo ni en los del otro.

—Lo siento por nuestra pobre especie humana; no por ser así valdremos más.

—¿Pero es de veras que no robáis?

—Palabra de honor.

—Pues si no sois ni ladrón ni asesino, a lo menos convendréis conmigo en que no sois consecuente.

—¿Por qué?

—Porque me parece a mí que, si yo no tuviera nada que esperar ni que temer después de esta vida, no me privaría de ciertos pequeños gustos. Confieso que presto a Dios con intereses.

—¿Eso imagináis, señora?

—No es imaginación, es un hecho.

—¿Y podría yo preguntaros qué cosas os permitiríais si fuerais incrédula?

—No, señor; eso es artículo de mi confesión.

—Pues yo, señora, presto sin interés.

—Es lo que hacen los pródigos.

—¿Me encontraríais mejor siendo usurero?

—Evidentemente; con Dios se puede emplear la usura, porque no se le arruina. Bien sé que no es delicado, ¿pero qué importa? La cuestión es ganar el cielo, por la fuerza o por la habilidad, y por consiguiendo debe apelarse a todos los recursos. ¡Ay! por mucho que prestemos, siempre será poco para lo que hemos de ganar en la otra vida. ¿Pero es realmente cierto que en ella no esperáis nada?

—Nada.

—Es triste; convenid en que sois un perverso o estáis loco.

—Es muy posible, señora mariscal.

—¿Qué motivo podría tener un incrédulo para ser bueno, si no está loco? Me gustaría saberlo.

—Voy a decíroslo.

—Y yo lo agradeceré.

—¿No creéis que una persona pueda gozar haciendo bien?

—Lo creo.

—¿Y que además de haber nacido con inclinación al bien, haya recibido una educación que fortalezca su inclinación natural?

—Seguramente.

—¿Y que, en una edad más avanzada, la experiencia le haya convencido de que para ser feliz en este mundo vale más conducirse bien que ser un pillo?

—También lo creo; ¿pero cómo un hombre puede ser honrado, si los malos principios se agregan a las pasiones para arrastrarlo al mal?

—Siendo inconsecuente; ¡no hay nada más común que ser inconsecuente!

—Es verdad; cuando se cree, también sucede que todos los días se conduce el creyente como si no creyera.

—Y sin creer, se porta úno como si creyera.

—Convenido; ¿pero qué inconveniente habría en tener una razón de más, la religión, para practicar el bien, y una razón de menos, la incredulidad, para portarse mal?

—Ninguno, si la religión fuera un motivo para hacer el bien y la incredulidad un motivo para hacer el mal.

—¿Pero cabe en eso alguna duda? El

espíritu de la religión es contrariar los malos impulsos de nuestra naturaleza corrompida; y el de la incredulidad, abandonar la naturaleza a su malicia, libertándola de todo temor.

—Eso, mariscala, nos engolfaría en una larga discusión.

—¿Qué importa? Discutamos. El mariscal ha de tardar en volver, y más vale discutir que entretenernos hablando mal del prójimo.

—Será preciso que yo tome las cosas de un poco alto...

—De tan alto como queráis, con tal que yo os entienda.

—Si no me entendéis, será por culpa mía.

—Sois muy cortés; pero debo deciros que yo no he leído jamás otros libros que los de devoción; no me ocupo más que en predicar el Evangelio y en dar hijos a luz.

—Son dos deberes que habéis cumplido muy bien.

—Sí, en lo tocante a los hijos, pues a mi lado habéis encontrado seis, y dentro de pocos días pienso tener uno más. Pero empezad.

—Señora mariscala, ¿hay algún bien en

este mundo que no tenga sus inconvenientes?

—Ninguno.

—¿Hay algún mal sin sus ventajas?

—Tampoco.

—¿Qué entendéis entonces por mal y por bien?

—Mal será lo que tenga más inconvenientes que ventajas; bien, al contrario, lo que tenga más ventajas que inconvenientes.

—¿Tendréis la bondad de no olvidar esa definición del bien y del mal?

—No la olvidaré. ¿Y eso se llama una definición?

—Sí.

—¿De modo que es filosofía?

—Y excelente.

—¡Yo filosofando!

—Quedamos, pues, en que estáis persuadida de que la religión tiene más ventajas que inconvenientes y en que por eso la llamáis un bien; ¿no es así?

—Exacto.

—Por mi parte, no dudo que vuestro intendente os robe un poco menos la víspera de Pascua que el día siguiente a las fiestas; ni niego que la religión produzca de tiempo en tiempo algunos bienes de

menor cuantía y evite algunos pequeños males.

—Varios pequeños equivalen a uno grande.

—¿Pero creéis que los terribles daños causados por ella en los tiempos pasados, y los que causará en los tiempos venideros, están suficientemente compensados por esas ventajillas? Pensad que ella ha creado y mantiene y perpetúa la más violenta y atroz antipatía entre las naciones. No hay un musulmán que no imagine hacer una acción agradable a Dios y a su profeta, si extermina a todos los cristianos; éstos, a su vez, no son más tolerantes. Pensad que ella ha creado y perpetúa en una misma comarca, divisiones que rara vez se extinguen sin efusión de sangre. Nuestra historia nos ofrece ejemplos recientes y funestísimos. Pensad que ella ha creado, fomenta y perpetúa, en la sociedad entre los ciudadanos, y en la familia entre los parientes, los odios más profundos y constantes. El Cristo dijo que El había venido a separar el esposo de la esposa, la madre de los hijos, el hermano de la hermana, el amigo del amigo; y su predicción, por desgracia, se ha cumplido demasiado fielmente.

—Habláis de los abusos, pero ésa no es la cosa.

—Es la cosa, puesto que los abusos, como los llamáis, son inseparables de ella.

—¿Y cómo demostraríais que los abusos de la religión son inseparables de la religión?

—Muy fácilmente: decidme, señora, ¿si un misántropo se hubiera propuesto hacer la desdicha del género humano, qué hubiera podido inventar mejor que la creencia en un sér incomprensible, acerca del cual los hombres no se entendieran jamás y al cual concedieran más importancia que a sus propias vidas? Ahora bien, ¿es posible separar de la noción de una divinidad, ni la incomprensibilidad más absoluta ni la importancia mayor?

—No.

—Conclud, pues.

—Concluyo que es una idea no sin consecuencias para cabezas de locos.

—Y añadid que los locos han sido y serán siempre los más; y que los más peligrosos, positivamente, son los que la religión ha hecho; los perturbadores de la sociedad saben sacar partido de ellos cuando se presenta la ocasión.

—Pero se necesita alguna cosa que re-

frene a los hombres, que los asuste, para que no incurran en las malas acciones que escapan a la severidad de las leyes. Si destruíis la religión, ¿con qué la sustituís?

—Aunque no hubiera nada que poner en su lugar, habríamos ganado mucho con tener una terrible preocupación de menos; sin contar que las opiniones religiosas no han servido de base a las costumbres nacionales en ningún siglo ni en nación alguna. Los dioses adorados por los antiguos griegos y por los viejos romanos, las gentes más honradas de la tierra, eran la canalla más disoluta: un Júpiter, digno de la hoguera; una Venus, buena para el hospital; un Mercurio, merecedor de la cárcel.

—Según eso, pensáis que es lo mismo ser cristianos o paganos; que siendo paganos no valdríamos menos y que siendo cristianos no valemós más.

—A decir verdad, creo que siendo paganos tendríamos la vida un poco más alegre.

—Imposible.

—Pero decidme, señora mariscalá, ¿es cierto que hay cristianos? Yo no los he visto nunca.

—¿Y a mí me lo decís?... ¿A una creyente como yo?...

—No, de ninguna manera; esto se lo digo yo a una vecina que tengo, muy honesta, muy piadosa, que se creía de buena fe una perfecta cristiana, como lo creéis vos misma.

—¿Y la convencisteis de que estaba en un error?

—En un instante.

—¿De qué modo?

—Abrí un Nuevo Testamento, del que ella se había servido mucho, pues estaba muy usado. Le leí el sermón de la montaña, y a cada artículo le preguntaba: «¿Hacéis esto? ¿y esto? ¿y esto otro?» Fui más lejos. Ella es hermosa, y, aunque devota y buena, lo sabe; tiene la piel muy blanca, y, aunque no le da gran mérito a esa ventaja, le gusta que se lo digan; su garganta es magnífica, y aunque modesta, le place que no se ignore.

—Con tal que lo sepan solamente ella y su marido...

—Yo creo que su marido lo sabe mejor que nadie; pero tratándose de una mujer que presume de tanto cristianismo, eso no es bastante. Yo le digo: «¿No está escrito en el Evangelio que el que envidia la mujer del prójimo comete un gran pecado?»

—Respondería que sí.

—Yo le dije: «¿Y ese adulterio cometido con el pensamiento no condenará al culpable?»

—Contestaría que sí.

—Y yo agregué: «Si el hombre se condena por haber pecado de pensamiento, ¿cuál será la suerte de la mujer que provoca a los hombres a pecar, mostrando sus atractivos?» Esta última pregunta la desconcertó.

—Comprendo; es que ella no ocultaba toda su garganta.

—Cierto. Me respondió que era la moda, como si no fuera moda el llamarse cristiano y serlo; que no era posible vestir ridículamente, como si hubiera comparación entre un pequeño ridículo y su condenación eterna y la del prójimo; que se dejaba vestir por su costurera, como si no valiera más cambiar de costurera que renunciar a su religión; que así le gustaba a su marido, como si hubiera un marido bastante insensato para exigirle a su mujer el olvido de la decencia y de sus deberes, como si una verdadera cristiana debiera extremar la obediencia a un marido extravagante, ¡nada menos que hasta el olvido de los mandamientos de su Dios y

el desprecio de las amenazas del redentor divino!

—Conozco todas esas puerilidades; quizá las hubiera dicho yo también, como vuestra vecina; pero en tal caso, ella y yo hubiéramos procedido de mala fe. ¿Y qué hizo después de recibida vuestra reprensión?

—Al día siguiente (era día de fiesta), cuando yo subía a mi casa, me encontré con mi vecina que bajaba para ir a misa.

—¿Vestida como de costumbre?

—Como de costumbre. Me sonreí; ella también se sonrió. Pasamos sin hablarnos... ¡Señora mariscala! ¿qué os parece de la mujer honrada y cristiana y devota? Después de ese ejemplo y de cien otros de la misma clase, ¿qué influencia real puedo yo conceder a la religión en las costumbres? Ninguna, y es lo mejor.

—¿Cómo que es lo mejor?

—Sí, señora; comprenderéis que si se les antojara a veinte mil habitantes de París ajustar su conducta estrictamente al sermón de la montaña...

—¿Qué mal habría? Algunas gargantas más cubiertas.

—Y un número tal de locos, mariscala, que el lugarteniente de policía no sabría qué hacer; no cabrían en nuestras casas

de locos. En los libros inspirados hay dos morales: una general, común a todos los cultos, a todas las naciones, y observada más o menos fielmente; la otra, particular de cada nación y cada culto, en la cual se cree, se la predica en los templos, se la preconiza en todas partes, y nadie la observa.

—¿De qué proviene eso?

—De que es imposible que todo un pueblo se pueda sujetar a una regla que sólo conviene a un determinado número de hombres melancólicos que la han calcado sobre su carácter personal. Sucede con las religiones como con las constituciones monásticas: todas se aflojan con el tiempo. Son locuras que no pueden subsistir contra el impulso constante de la naturaleza, la cual nos vuelve a llamar a su ley ineludible. Y si se logra que el bien de los particulares se halle tan estrechamente ligado al bien general que nadie pueda perjudicar a la sociedad sin perjudicarse a sí mismo; si se consigue que la virtud alcance su recompensa como la maldad encuentre su castigo; si desaparecen las distinciones de culto y el mérito conduce a los altos puestos del Estado, tenedlo por seguro, los malos serán muy

pocos, una minoría de hombres perversos arrastrados al mal por su naturaleza incorregible. Señora mariscal, tenemos las tentaciones demasiado cerca y el infierno demasiado lejos; no esperéis nada de un sistema de opiniones que sólo impone a los niños, sistema en el cual no vale la pena que un legislador se ocupe; que induce al crimen por la comodidad de la expiación; que manda al culpable a pedir perdón a Dios de la injuria hecha al hombre; que envilece el orden de los deberes naturales y morales, subordinándolos a un orden de deberes quiméricos.

—No os comprendo.

—Me explicaré. Pero me parece que llega la carroza del mariscal; llega oportunamente para impedirme decir una tontería.

—Decidla, decid esa tontería, que yo no la entenderé; estoy acostumbrada a no entender sino lo que me place.

—Señora mariscal—dijo Crudeli bajando mucho la voz y acercándose al oído de su interlocutora—, preguntadle al vicario de vuestra parroquia qué crimen le parece más atroz: orinarse en un vaso sagrado o empañar la reputación de una mujer dignísima? El primero lo hará es-

tremecerse de horror, dirá que es un sacrilegio; y la ley civil, que apenas toma en cuenta la calumnia, mientras castiga al sacrilego enviándolo a la hoguera, acabará de trastornar las ideas y corromper los espíritus.

—Conozco más de una mujer que se avergonzaría de comer carne los viernes, y que... Iba a decir una tontería. Continúad.

—Pero, señora, es absolutamente preciso que yo hable al mariscal.

—Un momento, y luégo iremos a verlo. No sé qué contestaros, lo confieso; y sin embargo, no me persuadís.

—Ni yo me he propuesto persuadiros. Con la religión sucede como con el matrimonio. El matrimonio, que ha hecho la desventura de tantas gentes, ha hecho vuestra felicidad y la del mariscal; por consiguiente, habéis hecho muy bien en contraer matrimonio. Así la religión, que ha hecho y hará tantos malvados, os ha hecho todavía mejores; haréis bien uno y otro en conservarla. Os es grato imaginar arriba un sér grande y poderoso que os ve andar sobre la tierra, y esa idea afirma vuestros pasos. Proseguid, pues, gozando de ese testigo y responsable augusto de

vuestros pensamientos, de ese espectador de vuestros actos, de ese modelo sublime.

—Por lo que veo, señor Crudeli, no tenéis la manía del proselitismo.

—No, señora.

—Por ello os estimo más.

—Yo no me opongo a que cada uno piense a su manera, con tal que a mí me dejen mi manera de pensar. Además, los que están hechos para sacudirse las preocupaciones, no tienen necesidad de que los catequicen.

—¿Creéis que el hombre puede pasarse sin superstición?

—No, mientras sea miedoso e ignorante.

—Pues bien, superstición por superstición, tanto vale la nuestra como cualquiera otra—dijo la mariscala.

—No pienso yo lo mismo.

—Pero, con franqueza, ¿no os repugna la idea de no ser nada después de la muerte?

—Preferiría existir, aunque temiendo que el sér que me ha hecho en esta vida desgraciado, se divertiera segunda vez conmigo.

—Si, a pesar de ese inconveniente, la esperanza en otra vida os parece consoladora y grata, ¿por qué arrancárosla?

—No me la arranco, porque no la tengo; el deseo no me ofusca ni me impide ver su vanidad: pero yo no le quito a nadie esa esperanza. Si hay quien cree que verá cuando ya no tenga ojos; que oirá cuando ya no tenga oídos; que pensará cuando no tenga cabeza; que amará cuando no tenga corazón; que sentirá cuando no tenga sentidos; que existirá cuando ya no esté en ninguna parte; que será algo, en fin, sin forma ni extensión, consiento en ello, y buen provecho le haga.

—Pero este mundo, ¿quién lo ha hecho?

—Eso es lo que yo os pregunto.

—Lo hizo Dios.

—¿Y qué es Dios?

—Un espíritu.

—Pues si un espíritu ha hecho la materia, ¿por qué la materia no habría de hacer un espíritu?

—¿Para qué?

—Es que yo se lo veo hacer todos los días. ¿Creéis que los animales tengan almas?

—Sí que lo creo.

—¿Podréis decirme adónde va a parar, por ejemplo, el alma de la serpiente del Perú, mientras ella se seca durante un año o dos, colgada en una chimenea y expuesta al humo?

—Que vaya adonde quiera, ¿es que eso me importa a mí?

—Es que mi señora mariscal no sabe que esa serpiente ahumada y seca renace o resucita.

—No creo semejante cosa.

—Sin embargo, no es un cualquiera quien lo asegura: Bouguer.<sup>(1)</sup>

—Pues aunque sea un gran sabio, ese hombre ha mentido.

—¿Y si hubiera dicho la verdad?

—Entonces yo creería que los animales son máquinas.

—Y por lo tanto el hombre, que es un animal un poco más perfecto que los otros. Pero ahí viene el mariscal...

—Permitidme una pregunta más; será la última. ¿Vivís tranquilo en vuestra incredulidad?

—Lo más tranquilo del mundo.

—¿Y si os engañarais?

—Si me engañara, ¿qué importaría?

—Es que, siendo verdadero lo que creéis falso, os condenaríais. Señor Crudeli, condenarse es mala cosa; arder en el infierno por toda una eternidad, es más largo de lo que parece.

---

(1) Inventor del heliómetro, y uno de los compañeros de La Condamine en su viaje al Perú.

—La Fontaine creía que estaríamos en esas llamas eternas como el pez en el agua.

—Sí, sí; pero La Fontaine se formalizó en los últimos momentos; en ellos os aguardo.

—Cuando haya perdido la cabeza, no respondo de nada; pero si acabo por una de esas enfermedades que dejan al hombre hasta la agonía la plenitud de su razón, no estaré más perturbado en ese momento en que me aguardáis que puedo estarlo ahora mismo.

—Esa intrepidez me confunde.

—Mayor es, a mi juicio, la del moribundo que cree en un juez severo, juez que pesa hasta nuestros más secretos pensamientos y en cuya balanza el hombre más justo se perdería por su vanidad. Si ese moribundo tuviera entonces la facultad de escoger entre ser aniquilado o presentarse al Tribunal de Dios, me confundiría su intrepidez si no optara por lo primero; a no ser que fuera tan insensato como el compañero de san Bruno o más satisfecho de su mérito que el mismo Bohola.

—He leído la historia del socio de san Bruno, pero jamás he oído hablar de ese Bohola.

—Era un jesuita del colegio de Pinsk, en Lituania, que dejó al morir una cajita

llena de oro con un billete escrito y firmado por su mano.

—¿Y decía?

—Estaba concebido en estos términos: «Ruego a mi querido cofrade, depositario de esta cajita, que no la abra hasta que yo haya hecho milagros. El dinero que contiene se destinará a los gastos del expediente de mi beatificación. He encerrado, además, en la cajita, varias memorias auténticas para la confirmación de mis virtudes, memorias que serán útiles a los que escriban mi vida».

—Tiene gracia.

—La tiene para mí, señora mariscala; pero no para los que creen en un Dios que no entiende de bromas.

—Es verdad.

—Mariscala, es muy fácil pecar gravemente contra vuestra ley.

—Convengo en ello.

—La justicia que decidirá de vuestra suerte es bien rigurosa.

—Verdaderamente.

—Y si creéis a los oráculos de vuestra religión, el número de los elegidos es muy pequeño.

—Es que yo no soy jansenista; sólo veo la medalla por su reverso consolador: la

sangre de Jesucristo cubre muchas faltas; y me parecería muy singular que el diablo, que no entregó su hijo a la muerte, sacara mejor partido.

—¿Creéis condenados a Sócrates, Foción, Aristides, Catón, Trajano, Marco Aurelio?

—Son fieras los que lo piensan. Ya lo dijo san Pablo: cada uno será juzgado por la ley que ha conocido. San Pablo tiene razón.

—¿Y por qué ley será juzgado el crédulo?

—Vuestro caso es diferente. Sois uno de aquellos habitantes malditos de Corozáin y de Betzaida, que cerraron sus ojos a la luz que los alumbraba y que se taparon los oídos para no escuchar la voz de la verdad que les hablaba.

—Señora mía, esos habitantes de Corozáin y de Betzaida fueron hombres como jamás los hubo más que allí, si fueron dueños de creer o no creer.

—Vieron prodigios que hubieran convertido a cualquiera si se hubieran hecho en Tiro y en Sidón.

—Es que los habitantes de Tiro y de Sidón tenían ingenio, y los de Corozáin y Betzaida no eran más que unos bobos. Pero, decidme: ¿el que hace los bobos,

los castigará por haberlos hecho bobos? Antes os he contado una historia, y ahora se me antoja contaros un cuento. Un joven mejicano... ¿Pero no viene el señor mariscal?

—Mandaré preguntar si está visible. Decíais que un mejicano...

—Cansado del trabajo, se paseaba un día por la orilla de la mar. Vió una tabla que apoyaba en la playa uno de sus extremos, en tanto que el opuesto flotaba sobre las aguas. Se sentó en aquella tabla, y desde ella, tendiendo la vista por la inmensa extensión que se desplegaba ante él, se decía: Es evidente que mi abuela ve fantasmas y delira con su historia de no sé qué habitantes, venidos de no sé dónde y en no sé qué tiempo. Creer que vinieron de comarcas situadas al otro lado del mar, es idea que no tiene sentido común; pues qué, ¿no estoy viendo que el mar confina con el cielo? Además, ¿he de creer, contra el testimonio de mis sentidos, en una antigua fábula de ignorada fecha, que cada cual arregla a su manera, que es un tejido de circunstancias absurdas, que sólo sirve para que los hombres se disputen hasta arrancarse los ojos y comerse el corazón? En tanto que discurría

de esta suerte, las aguas mecían la plancha, y se quedó dormido. Creció el viento, se agitó el mar, y las olas lleváronse la plancha en que él estaba tendido. Y cádate embarcado a nuestro soñador.

—¡Ay, señor Crudeli!, ésa es, en efecto, nuestra imagen; estamos cada uno en nuestra tabla; el viento nos impulsa y nos arrastran las olas.

—Ya estaba lejos del continente cuando despertó. Grande fué su sorpresa al verse flotando en alta mar; pero la tuvo todavía mayor cuando, perdida de vista la playa en que se paseaba hacía un momento, vió que la mar confinaba con el cielo por todas partes. Sospechó entonces que talvez se habría engañado en sus juicios y que, si seguía reinando el mismo viento, quizá llegaría a la tierra de que procedían los habitantes del cuento de su abuela.

—No me habéis dicho si tuvo miedo.

—Ninguno. El se dijo: ¿Qué importa de esas playas si logro abordar a ellas? He razonado mal, convenido, pero he sido sincero; y eso es cuanto se puede exigir de mí. Si el tener ingenio no es una virtud, tampoco el no tenerlo es un crimen. A todas estas, el viento continuaba, la tabla seguía bogando, y el mejicano en ella, y

por fin aparece la playa desconocida y negada.

—En ésa nos veremos algún día, señor incrédulo.

—Así lo deseo, señora mariscal, pues donde quiera que sea, siempre será lisonjero para mí tener ocasión de ofreceros mi homenaje. Volviendo a nuestro indio, os diré que apenas dejó su tabla y puso pie en la arena, divisó a un anciano venerable que estaba a su lado en pie. Le preguntó dónde estaba y a quién tenía el honor de dirigirse: «Yo soy el soberano de esta comarca», le respondió el viejo. El joven, al oírlo, se prosterna. «Levantaos», le dice el anciano. Y en seguida le pregunta: «Habéis negado mi existencia?—Es verdad.—¿Y la de mi imperio?—Es verdad.—Yo os perdono, cuitado, porque soy el que lee en el fondo de los corazones, y en el vuestro he leído que hablabais de buena fe; pero otros de vuestros pensamientos y de vuestros actos no son tan inocentes». Y al decir esto, el anciano que tenía al joven cogido por una oreja, le recordaba todos los errores de su vida. A cada artículo, el mejicano se inclinaba, dándose golpes de pecho y demandando perdón... Señora mariscal,

poneos en lugar del viejo, y decidme qué hubierais hecho: ¿habrías echado de vuestro imperio al joven, lanzándolo a las olas por una eternidad?

—Paréceme que no.

—Si uno de vuestros hijos se escapara de casa y después de hacer mil disparates volviera arrepentido, ¿qué haríais con él?

—Salir a su encuentro y abrazarlo; pero dudo que el mariscal tomara la cosa tan sencillamente.

—El mariscal no es un tigre.

—No, ni mucho menos.

—Se haría de rogar, y al cabo perdonaría.

—Es lo probable.

—Sobre todo si considerara que antes de dar vida a su hijo sabía ya todo lo que iba a suceder, y que, por otra parte, el castigo de sus faltas no tendría ninguna utilidad para él ni para el culpable ni para sus hermanos.

—Pero no hay que confundir al mariscal con el viejo.

—¿Queréis decir que el mariscal es mejor que el viejo?

—¡Dios me libre! Lo que quiero decir es que si mi justicia no es la del mariscal,

la del mariscal pudiera no ser tampoco la del viejo.

—¡Ah, señora! Veo que no alcanzáis las consecuencias lógicas de esa respuesta. O la definición general conviene igualmente a vos, al mariscal, a mí, al mejicano y al viejo, o yo no sé cómo se agrada a este último o se le desagrada.

Aquí llegábamos cuando me avisaron que el mariscal esperaba mi visita. Despedíme de la mariscala, y al tenderme la mano me decía:

—Es para perder la cabeza, ¿no es verdad?

—¿Por qué? Teniéndola buena, no hay cuidado.

—Después de todo, lo mejor es portarse como si el viejo existiera.

—¿Aun sin creer en él?

—Y, creyendo o sin creer, no contar mucho con su bondad.

—Eso no será lo más respetuoso, pero es lo más seguro.

—A propósito: si tuvierais que dar cuenta de vuestros principios a nuestros magistrados, ¿los confesaríais?

—Haría lo posible por ahorrarles una acción atroz.

—¡Ah, cobarde! Y si estuvierais a punto

de morir, ¿os someteríais a las ceremonias de la Iglesia?

—Eso, de fijo.

—¡Ah pícaro hipócrita!

DIDEROT

---

---

**Bueno está el escribir como se habla  
...siempre que se hable como es debido**

La mejor forma de escribir es la que retrata con fidelidad *la pronunciación tal como debiera ser* y no tal como es. A cada idea distinta debe corresponder una distinta expresión. Al hablar, esto se logra por el concurso de muchos factores: las palabras, el gesto, varios movimientos del cuerpo. Cabe entonces mucha indulgencia respecto a los vocablos, puesto que a pesar de ser impropios o mal pronunciados, puede el discurso ser muy claro. No así al escribir: sin ortografía no hay expresión propia o clara, y no se puede saber ortografía sin un arduo trabajo previo. Todo intento de simplificación de este trabajo es contraproducente si contribuye a la confusión de los términos.

Quienes por encima de todo se preocu-

pan con el deseo de facilitar la escritura, ignoran que sus esfuerzos están condenados al fracaso. Aun reducida la ortografía a lo principal, que es la puntuación, tan sencilla en apariencia e igual en todas las lenguas, hay que reconocer al momento el hecho de que para escribir correctamente se requiere un desarrollo mental que sale de lo común. ¿Cuántas personas puntúan bien? ¿A qué edad comenzaron a hacerlo? ¡La ortografía elemental, la que se limita a la buena puntuación, es inaccesible a las masas! Los buenos maestros, particularmente los ingleses, toman la puntuación como base para promover de un grado a otro a sus alumnos.

Quien no puntúe, que escriba como se le antoje: sus escritos no dejarán de ser más o menos un jeroglífico, por mucho que acierte en el uso y forma de las palabras. Y quien pueda puntuar bien, sepa que está listo para aprender la ortografía completa, la que asegura a cada palabra un sentido propio y atenúa en lo escrito —que es lo permanente— las diferencias entre las lenguas. Quien puntúe bien debe resolverse a perfeccionar el más precioso de los instrumentos de expresión, pues posee ya la capacidad necesaria para com-

prender por qué hay que escribir de manera distinta: *ceno* (de cenar) y *seno* (concavidad), *gira* (de girar) y *jira* (pedazo o fila, según los casos), *sin* (latino, como en sinsabor) y *syn* (griego, como en synphonia), *filo* (arista aguda) y *philo* (amante), *pato* (ave palmípeda) y *patho* (padecimiento), que significan cosas muy distintas. Etc.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

---

---

## De Federico Nietzsche

HOMBRES CRUELES, HOMBRES ATRASADOS.  
—Los hombres que son crueles hoy deben hacernos el efecto de graderías de *civilizaciones anteriores* que hubiesen sobrevivido; la montaña de la humanidad presenta en ellos al descubierto las formaciones inferiores que de otro modo quedarían ocultas. Son hombres atrasados, cuyo cerebro, por causa de todos los accidentes posibles en el curso de la herencia, no ha sufrido una serie de transformaciones bastante delicadas y múltiples. Nos ponen de manifiesto lo que todos *fuimos* y nos causan miedo, pero son tan poco respon-

sables como puede serlo un pedazo de granito de ser granito. En nuestro cerebro se encuentran algunas ranuras y repliegues que corresponden a esta manera de pensar. Pero tales repliegues y ranuras no son ya el lecho en que rueda actualmente el curso de nuestros sentimientos.

\*  
\* \*

El socialismo es el fantástico hermano menor del despotismo casi difunto, cuya herencia quiere recoger; sus esfuerzos son, pues, reaccionarios. Desea una plenitud de poder del Estado como el propio despotismo no tuvo jamás; sobrepasa lo que enseña el pasado, porque trabaja por reducir a la nada formalmente al individuo: es que éste le parece un lujo injustificable de la Naturaleza, y debe ser convertido por él en un *órgano útil de la comunidad*. Como consecuencia de esta afinidad, se deja ver siempre alrededor de todos los desarrollos excesivos de poder, como el viejo socialista tipo, Platón, en la corte del tirano de Sicilia: anhela (y aun exige en ocasiones) el despotismo cesáreo de este siglo, porque, como he dicho, desearía ser su heredero.

BENEVOLENCIA.—Entre las cosas pequeñas, pero infinitamente frecuentes, y por consiguiente, eficacísimas, a las cuales la ciencia debe consagrar mayor atención que a las grandes cosas raras, es necesario contar la benevolencia; me refiero a esas manifestaciones de disposición amistosa en las relaciones, a esa sonrisa de la mirada, a esos apretones de manos, a ese buen humor de que por lo general casi todos los actos humanos están rodeados. Todo profesor, todo funcionario hace esta adición a lo que es un deber para él; es la forma de actividad constante para la humanidad, es como las ondas de luz en que todo se desenvuelve; particularmente en el círculo más estrecho, en el interior de la familia, la vida no reverdece ni florece sino por esa benevolencia. La cordialidad, la afabilidad, la política de corazón, son derivaciones siempre resultantes del instinto altruista, y han contribuido mucho más poderosamente a la civilización que aquellas otras manifestaciones más famosas del mismo instinto que se llaman simpatía, misericordia, sacrificio.

